



## La posición es lo que importa

La introducción de la conciencia relativista en la ciencia moderna, —«sólo existen trayectorias en relación a un cuerpo de referencia», decía Einstein—, ha confirmado la idea romántica de que la posición es lo que importa. Ortega y Gasset lo expresó en fórmula famosa: «La perspectiva es uno de los componentes de la realidad». Y explicó: «Lejos de ser su deformación, es su organización. Una realidad que vista desde cualquier punto resultase siempre idéntica es un concepto absurdo».

¿Desde donde miramos? La ubicación del observador es la primera condición del conocimiento. Su posición determina el objeto, elige sus hechuras. Si la mirada nunca es inocente, el lugar desde el que se mira, si ha sido fruto de una opción libre y no de la circunstancia, tampoco lo es.

La ciencia moderna ha consolidado también la importancia del instrumento con que se observa, hasta el punto de que detrás de cada paso adelante de la ciencia hay, como en un juego de muñecas rusas, un nuevo aparato de observación que amplía el campo de visión, en extensión o en profundidad, o en las dos cosas a la vez, y que, por tanto enriquece y transforma el objeto observado.

En la exposición «Ciudades: del globo al satélite», la posición, la mirada y el instrumento están perfectamente definidos y manifiestamente publicitados. El objeto de la exposición es la ciudad. Pero la perspectiva —algún lugar en el cielo a tiro del hombre— es la que marca el programa y la determinación del objeto. Una perspectiva que se construye y modifica según las prótesis que el propio hombre se otorga. Un nuevo resorte en la capacidad del hombre de saltar hacia el cielo define un nuevo campo de visión, un nuevo espacio de exploración y, por tanto, una nueva ciudad. Y comporta nuevos instrumentos de visión, es decir, una mirada distinta.

Es tal el grado de complicidad que, en el juego de la verdad, adquieren la perspectiva, los instrumentos de visión y el objeto de la mirada que nos encontramos que a cada momento —es decir, a cada técnica— corresponde una ciudad. Y así la ciudad que el dibujante pinta desde el globo tiene todavía rostro humano, perfil cerrado y hechuras precisas, como si posara para el retrato, mientras que la ciudad que desde el avión se fotografía o filma ha roto sus límites y ha iniciado un proceso de expansión y de destrucción, según mande el urbanismo o la guerra, la utilitaria acumulación urbana o el odio contra aquel lugar optimizado de concentración de energía, de personas y de memoria. Más tarde, desde el satélite, los ordenadores compondrán enormes manchas con colores de territorio humano que se extienden por la tierra firme sin solución de continuidad. Los mismos satélites que desde lo más alto, consiguen alcanzar lo más extenso y lo más pequeño, la totalidad de esta tierra y el señor sentado en la terraza de su casa mirando el periódico. En tiempos de satélites, la mirada ha dejado de ser humana, más bien se acerca al ojo de Dios que todo lo ve.

Presentamos así el retrato a medida, en correspondencia con la mirada del momento, de las tres formas que la ciudad moderna ha tenido. Manera global y aparentemente fría de presentar el objeto de los trabajos de este centro: la ciudad. ¿Pero que ciudad es la que vemos desde el cielo? A medida que tomamos distancia, desaparece la presencia de la figura humana. Ni un paseante desde las alturas. Y, sin embargo, el cambio que de una mirada a otra, de un instrumento a otro, la ciudad ofrece en tan sólo ciento cincuenta años es la evidencia de que el marco global (la estructura de piedra y hierro) de la



ciudad no tiene nada de la inmutabilidad de la naturaleza, es decir, de los espacios a los que el hombre todavía no ha impuesto sus maneras.

El rostro humano que no vemos está, por tanto, presente en el cambio. Porque es su acción y su presencia la que rompe las murallas y va creando círculos concéntricos en torno al viejo núcleo urbano, camino de la gran ciudad. Y son también sus odios y su afilada imaginación para el mal los que hacen que una y otra vez se tome la ciudad como objetivo de destrucción y de fuego. La destrucción de la ciudad es la más completa destrucción del otro: se mata a las personas y a las huellas de su acción acumulada. Nada humano nos es completamente ajeno. La ocupación urbana del entorno y la transformación de la ciudad antigua pueden a veces tomar también las formas del exceso y de la destrucción y borrar huellas más deprisa de lo que el hombre estaba preparado para transmitir y continuar.

Por tanto, esta ciudad vista desde fuera que podría parecer a veces una simple y fría maqueta, lleva incorporada toda la tensión y toda la tragedia. Tomar distancia nos alejó al principio de aquella vivencia inmediata que comporta toda visión desde la plaza o desde la callejuela. Pero a medida que nuestra mente desvela la tinta simpática que las imágenes llevan incorporada, el poder de la acción y la intensidad de la experiencia de la acumulación de hombres adquiere un dramático carácter global y masivo. El cambio de posición no nos pone a salvo de nada, tal vez nos permite valorar mejor la magnitud de la tragedia.

Esta exposición, es por tanto, una breve y triple historia de un objeto –la ciudad–, de una técnica –subir peldaños en el cielo– y de una mirada –más lejana, más fuerte–. Una pequeña historia de los sucesivos empujones que el hombre ha dado a la ciudad moderna hasta hacer irreconocible la aldea amurallada en este continuo urbano camino de la aldea global. Es decir, el hombre es el protagonista, aunque apenas le veamos bullir por las calles y barrios. De la posición depende la composición del objeto que se presenta ante nosotros. Ni la posición, ni la mirada son nada inocentes.